



Vivimos una época paradójica. Nunca antes habíamos tenido tanto acceso a información religiosa y, sin embargo, nunca había sido tan fácil encontrar católicos que desconocen las verdades fundamentales de su propia fe. Muchos saben repetir frases populares sobre el cristianismo, pero pocos pueden explicar qué enseña realmente la Iglesia sobre la gracia, los sacramentos, la salvación o la vida eterna. Se confunde la catequesis con una simple preparación para recibir sacramentos, cuando en realidad es el camino por el que Cristo forma discípulos.

En este contexto adquiere una actualidad extraordinaria **Catechesi Tradendae**, la exhortación apostólica de san Juan Pablo II publicada el 16 de octubre de 1979. Lejos de ser un documento reservado a sacerdotes o catequistas, constituye una auténtica hoja de ruta para toda la Iglesia. Su mensaje resulta hoy incluso más urgente que cuando fue escrito.

Porque una Iglesia sin catequesis sólida es una Iglesia vulnerable. Un cristiano sin formación profunda es fácilmente arrastrado por cualquier moda cultural, cualquier falsa doctrina o cualquier interpretación subjetiva del Evangelio.

Hoy más que nunca, **Catechesi Tradendae** vuelve a recordarnos una verdad sencilla y poderosa: la misión de la Iglesia consiste en conducir a todos hacia un encuentro vivo con Jesucristo mediante la transmisión íntegra de la fe.

¿Qué significa «Catechesi Tradendae»?

El título está tomado del latín y significa literalmente:

«**La catequesis que debe transmitirse.**»

No es una simple invitación a enseñar religión.

Es una llamada solemne a conservar intacto el depósito de la fe recibido de Cristo y transmitido por los Apóstoles.

La Iglesia no inventa la verdad.

La Iglesia la recibe.



La custodia.

La explica.

La transmite.

Como enseñaba san Pablo:

▮ *«Lo que yo recibí del Señor os lo transmití...» (1 Corintios 11,23).*

Toda catequesis auténtica nace precisamente de esta actitud de fidelidad.

No se trata de crear un cristianismo nuevo.

Se trata de transmitir el mismo Evangelio de siempre a los hombres de cada época.

El contexto histórico de la exhortación

Durante los años posteriores al Concilio Vaticano II se produjo un enorme entusiasmo pastoral.

Se buscaban nuevos métodos para evangelizar.

Nuevas formas de enseñanza.

Nuevos lenguajes.

Muchos frutos fueron extraordinarios.

Pero también aparecieron problemas importantes.

En algunos lugares la catequesis empezó a centrarse casi exclusivamente en aspectos sociales.

En otros se redujo a experiencias grupales.



En algunos casos desaparecieron contenidos esenciales:

- el pecado original;
- la gracia;
- la redención;
- el sacrificio de Cristo;
- la presencia real en la Eucaristía;
- el juicio final;
- el cielo y el infierno.

Había jóvenes que recibían la Confirmación sin conocer el Credo.

Adultos que nunca habían leído los Evangelios.

Niños que sabían hacer dinámicas, pero ignoraban los Diez Mandamientos.

Ante esta situación, el Sínodo de los Obispos de 1977 estudió profundamente el estado de la catequesis en el mundo.

Fruto de ese trabajo nació **Catechesi Tradendae**, donde san Juan Pablo II ofrece una síntesis magistral sobre qué debe ser realmente la educación en la fe.

¿Qué es realmente la catequesis?

Muchos piensan que consiste únicamente en preparar a un niño para la Primera Comunión.

La Iglesia enseña algo mucho más profundo.

La catequesis es:

- educación permanente en la fe;
- iniciación en la vida cristiana;
- formación doctrinal;
- crecimiento espiritual;
- camino hacia la santidad.

No termina nunca.



Nadie deja de necesitar catequesis.

El sacerdote.

La religiosa.

El padre de familia.

El universitario.

El anciano.

Todos seguimos aprendiendo a conocer a Cristo.

Porque conocer a Cristo no significa simplemente saber datos sobre Él.

Significa entrar cada vez más profundamente en su misterio.

El centro absoluto de toda catequesis: Jesucristo

Éste es probablemente el punto más importante de toda la exhortación.

La catequesis no gira alrededor de valores.

Ni de normas.

Ni siquiera de la Iglesia.

Su centro es una Persona.

Jesucristo.

San Juan Pablo II insiste una y otra vez:

Toda enseñanza cristiana debe conducir hacia Cristo.



No basta hablar de solidaridad.

No basta enseñar respeto.

No basta explicar historia de la Iglesia.

Todo debe conducir finalmente al conocimiento, amor e imitación de Jesús.

Como Él mismo afirma:

▮ *«Yo soy el camino, la verdad y la vida.» (Juan 14,6)*

La catequesis fracasa cuando Cristo queda oculto detrás de opiniones personales, ideologías o meras actividades.

Una fe completa, no una fe recortada

Uno de los grandes peligros modernos consiste en seleccionar solamente aquellas enseñanzas del cristianismo que resultan cómodas.

Hablar únicamente del amor.

Olvidar la conversión.

Hablar de misericordia.

Silenciar el pecado.

Hablar de inclusión.

Callar la necesidad del arrepentimiento.

Sin embargo, Cristo nunca separó unas verdades de otras.

Predicó el amor infinito de Dios.



Pero también dijo:

┃ «*Convertíos y creed en el Evangelio.*» (Marcos 1,15)

La verdadera catequesis presenta toda la fe.

No elimina las verdades difíciles.

Las explica con caridad.

Las ilumina.

Las hace comprensibles.

Pero nunca las oculta.

La catequesis y la Sagrada Escritura

Toda auténtica enseñanza cristiana está profundamente arraigada en la Biblia.

No como un libro cualquiera.

Sino como Palabra inspirada por Dios.

Sin embargo, la Iglesia siempre ha enseñado que la Escritura debe leerse dentro de la Tradición viva y del Magisterio.

Porque la Biblia no nació aislada.

Nació en la Iglesia.

Fue la Iglesia quien discernió los libros inspirados.

Por eso, la catequesis no consiste únicamente en leer versículos.



Consiste en comprender el plan completo de la salvación.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Todo apunta hacia Cristo.

Como Él explicó a los discípulos de Emaús:

«Comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras.» (Lucas 24,27)

La Tradición: un tesoro vivo

Una de las grandes riquezas que destaca **Catechesi Tradendae** es la importancia de la Tradición.

La fe no comenzó ayer.

Durante veinte siglos innumerables santos, mártires, doctores y confesores han profundizado en el misterio cristiano.

Cada generación recibe esa herencia.

Y tiene el deber de transmitirla intacta.

No somos propietarios del Evangelio.

Somos administradores.

Como un padre entrega una joya familiar a su hijo sin modificarla, así la Iglesia entrega la fe recibida de Cristo.



La familia: primera escuela de la fe

Mucho antes de que un niño entre en una parroquia ya ha recibido una catequesis.

La de su hogar.

Los padres son los primeros catequistas.

No porque sustituyan al sacerdote.

Sino porque nadie enseña tanto como el ejemplo cotidiano.

Un niño aprende qué significa rezar viendo rezar.

Aprende qué significa perdonar viendo perdonar.

Aprende qué significa amar a Dios viendo cómo sus padres viven los domingos, los sacramentos y la caridad.

Por eso la exhortación insiste en fortalecer la catequesis familiar.

Hoy esta enseñanza resulta todavía más urgente.

Muchos niños reciben una hora semanal de formación religiosa.

Pero pasan decenas de horas consumiendo contenidos digitales que transmiten valores completamente opuestos al Evangelio.

La familia cristiana está llamada a convertirse nuevamente en una auténtica «Iglesia doméstica».

La parroquia: comunidad que forma discípulos

La parroquia no debe limitarse a administrar sacramentos.

Debe convertirse en escuela permanente de vida cristiana.



Cada homilía.

Cada grupo.

Cada encuentro.

Cada celebración litúrgica.

Todo debe contribuir a formar auténticos discípulos.

La catequesis no termina con la Confirmación.

Precisamente ahí debería comenzar una formación más madura.

El catequista: mucho más que un profesor

San Juan Pablo II dedica páginas preciosas al ministerio del catequista.

No basta conocer teología.

Hace falta vivirla.

El mejor catequista no es quien posee mayor facilidad para hablar.

Sino quien transparenta a Cristo.

La autoridad espiritual nace del testimonio.

Los santos han sido siempre los mejores catequistas.

Porque enseñaban con la palabra.

Pero también con la vida.



La liturgia: catequesis vivida

Uno de los aspectos más profundos del documento es recordar que la liturgia también educa.

Cada gesto.

Cada silencio.

Cada oración.

Cada símbolo.

Cada canto.

Todo posee un inmenso contenido catequético.

La Santa Misa no solamente comunica gracia.

También enseña.

Cuando se celebra con dignidad, fidelidad y reverencia, forma el corazón del creyente mucho más profundamente de lo que muchas clases podrían hacerlo.

La belleza conduce hacia Dios.

La reverencia educa el alma.

El silencio enseña adoración.

Catequesis y cultura contemporánea

Quizá el mayor desafío actual sea transmitir una fe permanente en una cultura profundamente cambiante.

Hoy las redes sociales ofrecen respuestas inmediatas para todo.



Se premian los mensajes breves.

Las emociones instantáneas.

La superficialidad.

Pero la fe necesita profundidad.

Necesita tiempo.

Necesita estudio.

Necesita oración.

La catequesis debe utilizar los medios modernos sin dejarse dominar por ellos.

No puede convertirse en espectáculo.

Ni competir con el entretenimiento.

Debe conservar su misión esencial:

hacer conocer a Cristo.

Los peligros de una catequesis superficial

Cuando falta formación sólida aparecen numerosos problemas:

- relativismo doctrinal;
- abandono de los sacramentos;
- confusión moral;
- pérdida del sentido del pecado;
- disminución de la oración;
- secularización de la vida cristiana;
- reducción del Evangelio a simple ayuda psicológica.

Una fe mal formada difícilmente resiste las pruebas.



Por eso Jesús enseñó:

«Todo el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre roca.» (Mateo 7,24)

La roca es una fe bien cimentada.

La catequesis conduce a la santidad

El objetivo final no consiste simplemente en aprobar un examen religioso.

Ni memorizar respuestas.

Ni obtener un certificado.

La meta es la santidad.

Conocer a Cristo.

Amarlo.

Seguirlo.

Configurarse con Él.

Toda verdadera catequesis termina en la vida espiritual.

En la oración.

En los sacramentos.

En la caridad.



En la conversión cotidiana.

Aplicaciones prácticas para el cristiano de hoy

Las enseñanzas de **Catechesi Tradendae** pueden vivirse de forma muy concreta.

En primer lugar, recuperando el estudio serio de la fe. Leer el Catecismo de la Iglesia Católica, conocer los Evangelios, profundizar en la vida de los santos y acercarse a los documentos del Magisterio fortalece la inteligencia y el corazón. La fe no teme a la razón; al contrario, la ilumina.

En segundo lugar, participando activamente en la vida sacramental. La catequesis alcanza su plenitud cuando desemboca en la confesión frecuente, la participación devota en la Santa Misa y la adoración eucarística. No se trata solo de aprender conceptos, sino de vivir aquello que se ha aprendido.

También es esencial cultivar la oración diaria. Quien escucha a Dios en el silencio comprende mejor lo que estudia y encuentra la fuerza para ponerlo en práctica. La lectura orante de la Sagrada Escritura, el Santo Rosario y el examen de conciencia ayudan a que la doctrina se transforme en vida.

En el ámbito familiar, los padres están llamados a hablar de Dios con naturalidad, bendecir la mesa, rezar con los hijos, explicar el sentido de las fiestas litúrgicas y responder con paciencia a las preguntas sobre la fe. Ningún programa parroquial puede sustituir el testimonio de un hogar verdaderamente cristiano.

Por último, cada bautizado está invitado a convertirse, en la medida de sus posibilidades, en un pequeño catequista. No es necesario impartir clases para transmitir el Evangelio: una conversación respetuosa, una obra de misericordia, una explicación sencilla sobre la fe o el ejemplo de una vida coherente pueden abrir el corazón de quienes buscan a Dios.



Un desafío permanente para la Iglesia

Catechesi Tradendae no pertenece únicamente al año 1979.

Pertenece a todas las épocas.

Cada generación debe decidir si transmite la fe íntegra o la deja diluirse entre las corrientes pasajeras del mundo.

Hoy la Iglesia necesita cristianos convencidos, no solo bautizados; discípulos formados, no solo simpatizantes; hombres y mujeres capaces de dar razón de su esperanza con mansedumbre y firmeza. La evangelización comienza por una catequesis sólida, fiel y profundamente centrada en Jesucristo.

La exhortación de san Juan Pablo II nos recuerda que la catequesis no es un simple programa educativo, sino una participación en la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles: enseñar a todas las naciones, bautizarlas y guardar todo lo que Él mandó (cf. Mateo 28,19-20). En un mundo donde tantas voces compiten por orientar el corazón humano, la Iglesia sigue proclamando la misma verdad que transformó la historia hace dos mil años.

Redescubrir **Catechesi Tradendae** significa redescubrir la belleza de una fe transmitida con fidelidad, vivida con coherencia y anunciada con alegría. Significa comprender que la doctrina no es una carga, sino una luz; que la catequesis no es una obligación, sino un regalo; y que conocer mejor a Cristo es el camino más seguro para amarle más profundamente.

Porque, al final, toda auténtica catequesis tiene un único propósito: conducir a cada persona al encuentro con Jesucristo, para que pueda decir con san Pedro, desde lo más profundo del corazón: «**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna**» (Juan 6,68). Sólo cuando la enseñanza de la fe lleva a esa confesión personal y perseverante, la catequesis ha alcanzado plenamente su finalidad.